

**Reseña de Axel GASQUET (2015), *El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Eudeba.**

Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO

CSIC

[fernando.rmediano@cchs.csic.es](mailto:fernando.rmediano@cchs.csic.es)

Para citar este artículo: Fernando Rodríguez Mediano (2016): Reseña de Axel GASQUET (2015), *El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Eudeba, en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 21, 177-179.

Gasquet propone en este volumen una “historia cultural del orientalismo argentino”, es decir, un estudio de “los discursos producidos por la intelectualidad argentina sobre los pueblos y culturas de Oriente durante la primera mitad del siglo XX”. Se trata de un repaso de la obra de catorce intelectuales argentinos que, en esa época, tuvieron contacto con países orientales, y escribieron sobre ello. El resultado de la descripción es abigarrado y desigual. Las circunstancias de esa relación con el oriente son muy diversas, van desde el viaje breve al contacto continuado, desde el interés periodístico a la reflexión filosófica (el caso de Vicente Fatone es de los más interesantes de los analizados), desde la experiencia turística al análisis desde el interior del diplomático otomano druso Emir Emin Arslan. Esta desigualdad da forma a un panorama rico y complejo, que apenas puede ser unificado bajo el remoquete de “orientalismo”. Volveré sobre este tema más tarde.

Esta obra de Gasquet se plantea como el hito intermedio de una investigación de largo alcance iniciada con la publicación, en 2007, de *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echevarría a Roberto Arlt*. Además, Gasquet anuncia otro estudio posterior sobre nombres fundamentales de la historia literaria argentina, como Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo o Jorge Luis Borges, que no son tratados en los volúmenes previos. A partir de estas obras, el argumento de Gasquet se desarrolla a partir de varios ejes. El punto de partida es el siguiente: el orientalismo argentino, como su literatura o su pensamiento político, se nutre fundamentalmente de la cultura europea. Esta relación puede abordarse de varias maneras. En primer lugar, desde un análisis de tipo centro-periferia que tenga en cuenta la circulación de elementos culturales en el seno de un proceso globalizado, en el que la situación relativa con respecto a los distintos “centros” va resignificando los propios elementos en circulación. Así, la élite argentina adopta modelos culturales europeos, pero al mismo tiempo los reutiliza en un contexto político específico, que es el de la construcción de la nación argentina. Esto significa, en

REIM Nº 21 (Diciembre 2016)

ISSN: 1887-4460



este caso, que buena parte de los estereotipos del orientalismo europeo, que oponen, en diversos grados, civilización versus barbarie, liberalismo versus despotismo, racionalismo versus espiritualidad... son utilizados en Argentina, no sobre un oriente con el que no tenía un contacto real, sino sobre su propio horizonte de expansión colonial, el sur, la Pampa, el desierto. De hecho, *Oriente al sur* comienza con la influencia en Argentina del libro de Volnay sobre las ruinas de Palmira: la reflexión sobre el desierto oriental, la decadencia de los imperios y el despotismo oriental, se puede aplicar al propio desierto argentino y a sus Pampas; así, la primera parte del libro se titula "Oriente en la Pampa", y en ella se intenta demostrar como Argentina adopta el romanticismo europeo como una herramienta para "concebir [la] apropiación intelectual del espacio [indígena]", incorporando el desierto "a la geografía soberana de la nueva nación aun antes de que estas tierras fuesen ocupadas por los blancos tras las guerras de exterminio al indio". Desde esta perspectiva, la adopción del orientalismo francés va unida a la percepción histórica de su propia expansión colonial, como en el caso de Argelia. Se trata de una traducción de la ideología colonial europea que se aprecia, de forma casi brutal, en uno de los textos fundadores del pensamiento y la literatura argentinos, el *Facundo* de Domingo Sarmiento, construido sobre la dialéctica "civilización y barbarie".

A partir de esta premisa inicial, el orientalismo argentino pudo desplegar muchas de sus implicaciones, a menudo contradictorias: su uso como instrumento estético del exotismo modernista; la utilización del islam como contramodelo del cristianismo, en el que escritores reaccionarios como Delfina Bunge veían la raíz de la civilización occidental; el sueño, al contrario, de una cultura internacional, refinada, pacifista y cosmopolita. Todos estos recursos de pensamiento son compartidos por el orientalismo americano y el europeo, aunque con diversos ritmos e intenciones. Me resulta especialmente interesante el problema de la decadencia, propia o ajena, que, de diversas maneras, es crucial para entender las distintas articulaciones del orientalismo, por ejemplo, en torno a la idea de la razón. La reacción al racionalismo dieciochesco considera, ya desde el romanticismo, que los pensamientos orientales pueden constituir una herramienta con la que pensar lo que quedaba fuera de la razón ilustrada, como la vida, el vacío o la iluminación. Se trata, por ejemplo, del camino recorrido por Vicente Fatone en su exploración del budismo y del hinduismo, tratados a partir de su interés por la filosofía existencialista, y que constituye el argumento de uno de los capítulos más fascinantes de este libro.

El caso de Fatone ilustra, también, qué contradicciones están implícitas en la expresión "orientalismo argentino". Obviamente, si consideramos que estamos ante un episodio más de la relación "centro-periferia", el orientalismo argentino no sería sino un episodio más del orientalismo europeo. Sin embargo, ¿cómo medir la distancia que los separa? Es una distancia que, en principio, permite suponer profundos procesos de resignificación y apropiación, que determinan radicalmente la forma en que los argentinos, intelectuales o no, se representan su cultura. Tomemos el ejemplo de la Primera Guerra Mundial. Se trata de un acontecimiento fundamentalmente europeo, pero que necesitaba ser reinscrito en una inteligibilidad global: los americanos podían observar, en la distancia, la destrucción suicida de Europa que les obligaba a plantear su propia posición, no como periferia de la cultura europea, sino como vanguardia de la misma; como su mismo centro, en definitiva. La distancia entre centro y periferia no es, pues, más que una distancia relativa a la manera en que se construyen las representaciones culturales, lo que obliga a pensar en la cultura argentina, no como un epifenómeno de la cultura europea, sino como un producto con sentido propio. En este sentido, la América conquistada por Europa se constituye, ya desde el s. XVI, como parte del mundo global abierto por las conquistas ibéricas (Gruzinski, 2004) y, por lo tanto, alberga sociedades que tienen que dar cuenta de la distancia, no sólo con respecto a Europa, sino también con respecto a la India, a la China, a Japón. Con respecto, también, a su propio pasado. El tema central aquí no es el de la posesión colonial, sino el de la apropiación cultural. ¿Por qué no pensar que, en una buena medida, el Oriente forma parte

constitutiva de América desde el comienzo de la modernidad (de la llamada “globalización ibérica”)? Sobre estas cuestiones problemáticas, inherentes a al concepto de “orientalismo periférico, puede verse el libro de Hernán G.H. Taboada, *Un orientalismo periférico: nuestra América y el islam*, México, Universidad Autónoma de México, 2012.

En el fondo de esta pregunta surge una aporía que se hace explícita en la propia obra de Gasquet. Él parte de la referencia clásica de Said (el Oriente como una construcción del Occidente colonial que realiza una construcción estereotipada del otro para poder dominarlo; un instrumento de la legitimación colonial, en fin), pero, al finalizar el volumen, se da cuenta de hasta qué punto esta explicación es insatisfactoria, y no da cuenta del amplio y complejo panorama del orientalismo argentino. Una de las respuestas que da Gasquet a este desajuste es que el orientalismo argentino no fue un discurso construido para legitimar la acción colonial, sino que formó parte del proyecto de civilización interna de la nación. Aquí, de nuevo, aparecen las lentes deformantes impuestas por el modelo saidiano. Como se le ha criticado muchas veces, se trata de un modelo parcial construido parcialmente a partir de materiales parciales, fundamentalmente ingleses y franceses. El caso español, por ejemplo, desmiente de raíz la idea de que el orientalismo europeo se construyó al margen del proceso de “civilización de la nación”. Como se ha demostrado de forma suficiente, el pensamiento regeneracionista español está vinculado indisolublemente con el africanismo y el colonialismo (Martínez Antonio y González González, 2011). Cuando un regeneracionista español veía a un campesino pobre español sometido al cacique de turno, podía ver, al mismo tiempo, a un pobre marroquí al que regenerar y civilizar. Se trata de un mecanismo, por otra parte, nada novedoso. Cuando los misioneros italianos de época moderna planificaban sus grandes campañas de evangelización interior, se referían a los campesinos italianos como “nuestros indios”; como todo “proceso de civilización”, éste partía de un reconocimiento de la inmediatez de la frontera con lo otro, indisolublemente imbricada en el proceso de la construcción de la comunidad política. Tal es el principio de la “confesionalización” como fundamento cultural de las naciones modernas; no sólo de su identidad, sino de sus profundas tensiones. Sobre la parcialidad temática del modelo saidiano, habría que añadir la escasa sofisticación de su idea de alteridad, reducida al juego especular de la dominación colonial. Esta concepción, por parcial y simplificadora que fuera, pudo imponerse, debido quizás a las urgencias del proceso de descolonización. Que pueda tener alguna vigencia hoy en día sólo puede explicarse por la imposición, a escala global, del paradigma político de las identidades culturales, poscolonial y reaccionario, que impide la construcción de un discurso crítico de validez universal. Si la obra de Gasquet, además de su aportación a la historia cultural de Argentina, puede ayudar a demoler lo que queda del modelo del orientalismo saidiano, bienvenida sea.

## Referencias:

GRUZINSKI, Serge (2004), *Les quatre parties du monde*, Paris, La Martinière.

MARTÍNEZ ANTONIO, Francisco Javier y GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Irene (eds.) (2011), *Regenerar España y Marruecos. Ciencias y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC.